

ciones sucesivas al pasado lejano y cercano. Julio Paredes construye una laboriosa casa, la escritura, para mostrar arquitectónicamente el tiempo o su representación psicológica o mental que se vuelve un espejismo, una ilusión, una apariencia fascinadora y falaz al unísono. Es como si intentara experimentar el avance cíclico del tiempo y, a partir de las construcciones, sólidas, inmóviles, quisiera quebrar el ritmo uniforme de las horas, irrespetando igual las reglas de lo verosímil e inclinándose por la sensación de vivir en un tiempo auténtico, más cercano a la fabulación del orden sobrenatural.



Con la misma intensidad posee un tratamiento del espacio. El manejo o el ordenamiento de los capítulos obedece a un sentido del ritmo espacial. El personaje imagina una superficie, ejerce el poder de la mirada sobre los lugares que luego interioriza y se tornan sueños, quimeras, imágenes sensibles, ideas confusas pero significativas, extraídas del ensimismamiento, del espacio interno que corresponde al personaje y la extensión ajena que lo rodea (su ambiente). *La celda sumergida* asume el poder de vencer. Nadie va a dudar de la presencia de los parajes propuestos, entrevistados. Por lo tanto, los incidentes de la historia adquieren firmeza, plenitud, dentro de cada situación. El novelista aquí se transforma en un impecable diseñador de lo abstracto.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Guerrillas godas

Fusiles y plegarias.

Guerra de guerrillas en Cundinamarca, Boyacá y Santander, 1876-1877

Luis Javier Ortiz Mesa

Universidad Nacional de Colombia,
La Carreta Editores, Medellín, 2004,
203 págs., il.

Este libro sobre la guerra de guerrillas en Cundinamarca, Boyacá y Santander durante la guerra civil de 1876-1877, que publica la Universidad Nacional (sede Medellín) y su Dirección de Investigaciones, es una reescritura revisada y abreviada de un texto anterior, *La guerra civil de 1876-1877 en los Estados Unidos de Colombia. De la fe defendida a la guerra incendiada*, voluminoso informe final de investigación (653 páginas) presentado por Ortiz Mesa al Banco de la República en 2002, base de su tesis de doctorado en Huelva (España) en 2003. El objeto del estudio es, por supuesto, de sumo interés, al seguir de cerca y explorar las causas de la también llamada “guerra de las escuelas” o “guerra de los curas” (págs. 28-40), al poner de presente la vieja tradición de las guerrillas en Colombia, que se remonta a las guerras de Independencia (pág. 65), y en fin, al mostrar que, pese a la idea común de que ellas han sido “en Hispanoamérica más proclives a la militancia liberal” (pág. 17), el caso de esta guerra civil de 1876 muestra la beligerancia de las guerrillas conservadoras. De manera sumaria, el texto rastrea la historia de la “guerrilla moderna”, la *petite guerre*, que “tuvo sus inicios en España como respuesta a la invasión napoleónica entre 1808 y 1814 y continuó su desarrollo en la España de los años 1820” (pág. 15), y de la cual “fuimos sus herederos, en parte”. Sin embargo, para dar una mejor idea de los antecedentes de esta forma peculiar y endémica de guerra en nuestro territorio, nos parece que habría sido oportuno mencionar la acción de muchos grupos indígenas durante el largo periodo de la conquista, en particular los

quimbayas, etnia a la que se refiere Juan Friede en sus trabajos, donde advierte cómo los cronistas de Indias pasaron por alto dichas formas de resistencia a la invasión, y que tuvieron sin duda ciertos rasgos propios de las guerrillas, aunque los indios no hubieran leído ningún manual al respecto: “formas de guerra que llevan a cabo los grupos no organizados en ejército regular y que se caracteriza por acciones aisladas y discontinuas, por escaramuzas”, a más de “conocer perfectamente el terreno, saber cuándo atacar y esconderse”, según la definición que trae Ortiz Mesa, del diccionario de la Real Academia de la Lengua y del texto del español Miguel Artola, *La guerra de guerrillas* (pág. 16). Esta *pequeña guerra*, como también se la llama, estuvo presente en las nueve guerras civiles ocurridas durante el siglo XIX, desde la guerra de Independencia hasta la guerra de los Mil Días. El autor se detiene a trazar el mapa de sus desplazamientos anteriores a la guerra civil de 1876, y muestra cómo estos corredores fueron comunes en algunas de ellas: en la guerra de los Conventos de 1839 a 1842, azuzada por los curas desde el Cauca (pág. 66), en la de 1851 y en la de 1859-1862, promovidas por los conservadores aliados con los curas contra las reformas liberales y en defensa de la propiedad de la tierra y del régimen de esclavitud (pág. 70). La antigua Cauca, Antioquia, Tolima y amplias regiones cundiboyacenses se configuraron como las provincias godas por antonomasia, defensoras de la propiedad, la religión y la territorialidad. Las zonas frías tendían a ser cotos de caza de los conservadores, mientras las zonas templadas lo eran de los liberales (pág. 80), o bien “las tierras de clásicos poblamientos coloniales convertidas con la independencia en distritos republicanos, y donde se dio una presencia de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, sus distritos tendieron hacia la militancia conservadora; mientras que aquellos más asociados a recientes colonizaciones y a zonas de

vertientes calentanas estuvieron más cerca del liberalismo” (pág. 88). Esta diferenciación de rasgos se va a venir a menos con el tiempo, cuando se pone de manifiesto lo que fue un hecho desde el principio, la verdadera razón de las confrontaciones: la lucha por la tierra y por el botín de la burocracia del Estado, y que el autor de este texto apenas insinúa detrás de las explicaciones que pone en primer plano. Es así como ya en la Introducción declara: “Evidentemente, en este estudio, privilegiamos el carácter religioso que tuvo la contienda bélica, dentro de ese momento histórico de confrontación de dos símbolos de nación y dos banderas de guerra, el *Syllabus* y la Constitución de 1863, o en el lenguaje de las guerrillas, la imprenta y las sociedades democráticas y católicas, Dios, patria y libertad vs. progreso, ilustración y civilización. Por ello, serán necesarios nuevos estudios acerca, por ejemplo, de la relación entre guerra civil, formaciones guerrilleras, propiedad de la tierra y crecientes colonizaciones del período” (pág. 15). Esto último nos parece que es lo importante, y queda en suspenso, ya que, respecto a las guerras religiosas en este país, hay que decir, como Sancho, *detrás de la cruz está el diablo*. El texto muestra, además, cómo fueron las regiones del centrooriente, Cundinamarca, Boyacá y Santander, las más prolíficas en guerrillas, especialmente en la contienda objeto del estudio. En todos los casos considerados, las guerrillas se dieron por parte de ambos bandos enfrentados.



Al principio de este libro aparece un mapa de Colombia y Ecuador de

1888, tan apeñuscado que apenas pueden leerse los nombres de los estados: Bolívar, Santander, Antioquia, Boyacá, Cundinamarca, etc. Este mapa de abrebocas pareciera un índice de la riesgosa suerte del libro mismo, pues en su configuración resalta el trabajo del esmerado historiador de archivo por sobre todas las cosas, con el riesgo de que los árboles impidan ver el bosque, a la hora de evaluar el tejido de circunstancias, motivos y razones que han mantenido a este país en estado latente de guerra civil permanente. Largas y minuciosas descripciones, abarrotadas de citas, a lo largo de las cuales el autor pretende mantener una posición neutral, postura ilusoria en un historiador que, quiera que no, está tomando partido, tienden a robarle claridad al texto, en lugar de la transparencia perseguida. La explicación se escamotea a cambio de la descripción; es el caso, por ejemplo, de “las hipótesis acerca de la larga duración de las guerrillas colombianas” (pág. 19), donde se muestra que han estado siempre presentes (págs. 63-74), y se barajan distintas hipótesis acerca de las razones que puedan haber dado lugar a tan peculiar circunstancia. Se nos dice, por una parte: “En las nuevas repúblicas hispanoamericanas la Iglesia católica fue puesta en jaque, fenómeno que generó en Colombia un agudo enfrentamiento de esta institución con el liberalismo, enfrentamiento que adquirió un tono de cruzada y se constituyó en el principal motivo de desencadenamiento de la guerra civil de 1876-1877 en los Estados Unidos de Colombia” (pág. 19). Hay que repetir lo que dice Sancho: *Detrás de la cruz está el diablo*. Por otra parte, leemos: “La larga trayectoria de la guerra de guerrillas en la historia de la república de Colombia, hasta el presente, con sus períodos de mayor intensidad, deja ver la persistencia de conflictos no resueltos y cada vez más agravados, relativos a problemas de distribución de la propiedad de la tierra, el mantenimiento y agudización de grandes diferencias económicas, polarizaciones y violencias políticas, dese-

quilibrios y exclusiones sociales, culturales y étnicas” (pág. 49). ¿Es que, del siglo XIX al siglo XX, han cambiado las razones de las guerras civiles? No lo creemos. El libro abunda en motivos de la guerra, debido a esta actitud ecléctica del autor que tiende a incluirlo todo, a seleccionar poco entre la vasta hojarasca de fuentes citadas, aun si del texto original de 653 páginas a éste ya se hizo una selección. Trae, por ejemplo, “una buena síntesis de razones y motivaciones de la guerra civil”, en las *Memorias* de la época, sea la conservadora de Manuel Briceño: que los radicales manipulan el sufragio, se entrometen en los gobiernos federales, malgastan los caudales públicos, etc. Definitivamente, detrás de estos motivos se ocultan las genuinas razones por las cuales se fue a la guerra. En otro aparte, donde se describen las condiciones económicas del Estado de Santander en la época de la guerra civil de 1876, el autor señala que las deterioradas condiciones económicas del sur y del centro han “incidido en su masiva participación en la guerra, pero es también notorio que las zonas del norte, más boyantes económicamente gracias al ascenso del café y a que Pamplona fue su proveedor de alimentos, tuvieron un destacado papel en ella, lo que nos permite concluir, provisionalmente, que en el caso santandereano —como casi todos los demás— su vinculación a la guerra parece obedecer más, aunque no exclusivamente, a razones de relaciones entre redes corporativas, partidistas y religiosas que a las condiciones económicas de sus gentes” (págs. 96-97). Como si las guerras civiles fueran promovidas por los pobres. Salvo la malhadada revolución de los Comuneros en 1781, en este país las guerras civiles han sido siempre azuzadas, por razones de poder político y económico, por los poderosos, arrastrando a ellas a los más pobres y a los menos pobres, subordinados como carne de cañón. Ecléctico, el autor se inclina por la idea de una presunta tradición civilista y democrática de Colombia, “exenta de golpes militares e impor-

tantes períodos dictatoriales, gracias a un tipo de civilidad que se impuso” (pág. 56), a diferencia de otros países hispanoamericanos donde ha sido frecuente el poder dictatorial de los caudillos. Pero ¿cómo pasar por alto la violencia permanente, la vieja tradición vigente de los caudillos regionales, junto con la antigua costumbre en Colombia de liquidar por las armas a los opositores políticos? Esta circunstancia pone de manifiesto cómo en Colombia se ha invertido en la práctica la divisa de Clausewitz, haciendo que la política sea la continuación de la guerra por otros medios. Citando a Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*: “La del 77 fue una guerra de incontrovertible origen religioso”, Ortiz Mesa opta por considerar la cuestión religiosa como la clave de la guerra (pág. 32), con lo cual sigue la tradición al respecto, que ha dado en llamar esta guerra civil como la “guerra de las escuelas” o “guerra de los curas”. Cita también, a propósito de esta cuestión, a Álvaro Tirado, quien se refiere, en *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, a la “extraña mezcla” entre “lo ideológico y lo material”, a la hora de precisar la etiología de las guerras civiles, pero Ortiz Mesa pasa por alto la precisión que hace este autor: “En Occidente, el debate sobre la tierra ha tenido una forma religiosa de aparecer. En América, lo mismo que en España, la desamortización de bienes de la Iglesia, con sus debates sobre la soberanía temporal de un soberano lejano, el Papa, era también la manifestación de ese deseo de apropiación de bienes de la Iglesia”. Hoy día uno se pregunta: ¿cuál ideología? Pues, de veras, no hay ni nunca ha habido ideología. Por supuesto que se han dado confrontaciones de índole religiosa, y luchas por el control de la educación, pero, con respecto a esto, es preciso afirmar que lo que hay son aparatos de captura, los cuales se sirven de las ideas para ejercer un dominio muy material, económico, social y político. De hecho, Tirado disuelve esta dualidad entre lo ideológico y lo material, tanto en la cita mencionada como en *El*

Estado y la política en el siglo XIX, que aparece en el tomo II del *Manual de historia de Colombia*, donde escribe: “Durante el siglo XIX, en Colombia, las clases dominantes disputaron y se batieron por asuntos celestiales en la medida en que no estaban de acuerdo sobre cuestiones de este mundo, sobre la apropiación de la tierra y sobre ciertos mecanismos de poder [...] El debate parecía desarrollarse sobre un asunto lejano, teórico, espiritual, pero realmente era una pugna de poder entre los partidarios del *statu quo* y los que querían una adaptación mayor de esta sociedad a formas más acordes con el capitalismo mundial”.

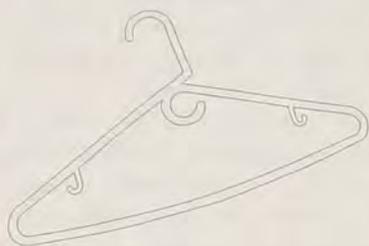
En el primer capítulo, el texto se propone ubicar el contexto social, económico y político en el que se inscribe la contienda, según las regiones involucradas y poniendo el énfasis en la oposición de la Iglesia y los gobiernos liberales. El autor se refiere al enfrentamiento de dos Iglesias, católica y laica, en la década de 1870: “La guerra tuvo un alto significado de cruzada religiosa —guerra santa y justa contra el infiel liberal— y de cruzada laica —guerra legítima y justa contra la tutela de la Iglesia sobre la vida de los ciudadanos” (pág. 26). Tal como hemos manifestado, esta manera de calificar los bandos encontrados desvía la atención sobre las verdaderas motivaciones de la guerra. Jorge Villegas, en *Colombia. Enfrentamiento Iglesia-Estado*, a propósito de la oposición entre Mosquera y los radicales, hace presente cómo éstos “intentan apoderarse del botín comprando los bienes desamortizados llevados a rema-

te”, y se ve de qué manera los radicales se alían a los conservadores para derrocar al presidente Mosquera en 1867, maniobra que da una idea acerca del resultado, aparentemente paradójico, de la guerra de 1876, donde vencen los liberales, pero sólo para dar paso a los gobiernos de Núñez, el cual va a aliarse con los godos y los curas instaurando la llamada *Regeneración*, de manera que a los radicales los conservadores les pagan con la misma moneda que ellos usaron contra Mosquera. Sostener como predominante el punto de vista religioso como motivo de esta guerra civil de 1876 no resuelve la aparente incongruencia del resultado de dicha guerra, donde “el liberalismo obtuvo un triunfo pírrico y el conservatismo y la Iglesia fueron derrotados coyunturalmente, pero no fueron vencidos estratégicamente” (pág. 27).

El segundo capítulo muestra los desarrollos de las guerrillas desde la Independencia, presentes en cada una de las nueve guerras civiles ocurridas en el siglo XIX. Mosquera es uno de los forjadores de dichas formas de lucha, adaptando los manuales de tradición española para usos locales. Es notable constatar que, desde los inicios de la mal llamada Independencia, los gastos de guerra eran ya, igual que hoy, un cáncer depredador en la sociedad colombiana: “entre 1825 y 1826, casi tres cuartas partes de los egresos del Estado se destinaron a atender gastos militares, y entre 1826 y 1827, los gastos del ejército y la marina alcanzaron un 62% del presupuesto nacional” (pág. 64). Este capítulo deja



en suspenso la explicación de “algunas hipótesis acerca de la larga duración de la guerra de guerrillas en la sociedad colombiana” (pág. 19).



Después de estudiar, de manera hartamente minuciosa, en el tercer capítulo, la población, geografía y economía de los Estados base del estudio: Cundinamarca, Boyacá y Santander, el texto se concentra, a lo largo del último capítulo, en el estudio de la guerra de guerrillas en estos Estados, resaltando la militancia guerrillera como “una forma de participación social, de resistencia y de acceso a la ciudadanía” (pág. 101), volviendo sobre la peregrina idea que trae en la Introducción de que “la guerra se convirtió en un escenario entre apocalíptico y creativo, dio y quitó, incorporó gentes de todos los grupos sociales, y permitió distintas formas de participación de muchas gentes de diversas condiciones sociales de numerosas localidades del país colombiano” (pág. 20). Nótese la reiteración expresiva en esta fórmula que deja tantas dudas, no comprendiendo uno qué fue lo que trajo de propiamente “creativo” esta guerra, si no eran las fuentes de empleo, ayer como hoy, y las irrisorias “formas importantes de ocupación y escalonamiento social y político. La lucha por ganar honores, grados y reconocimientos mediante ascensos en la milicia es evidente y fue un orgullo familiar y local en la mayoría de las regiones colombianas contar con hijos, esposos, hermanos, parientes o amigos en el ejército, la guardia nacional o municipal y en las guerrillas” (pág. 105). Ortiz Mesa se va a

detener estudiando la guerrilla goda de Los Mochuelos, paralela a la guerrilla liberal de los Alcanfores, cuyos milicianos, “casi todos pertenecieron a familias ricas y presntantes” (pág. 109), guerrillas creadas en Bogotá y sus alrededores. El nombre de la primera, observa el autor, proviene “de un ave rapaz nocturna —común en España— que se alimentaba de roedores y reptiles, bastante similar a un búho. ¡Y el Mochuelo, hacía honor a su nombre!” (pág. 109). Y más adelante, este contraste, donde se mistifican y subliman las miserias de la guerra: “en este ambiente casi caballeresco, donde se conjugaban ideales, aventuras, alegrías y penalidades, los Mochuelos cumplieron un papel coyuntural en unión con otras guerrillas formadas en los Estados del centro oriente del país, y con ejércitos conservadores muy débiles” (pág. 110). Una y otra vez aparecen, de uno y otro bando, los rasgos de vandalismo comunes a las guerras en este país, algunos de ellos referidos por el autor con el extraño calificativo de “violencia sacrificial” (pág. 150), por el uso de armas blancas, hachas y machetes, o aun, en el caso de la toma de Cali a sangre y fuego, en diciembre de 1876, por el general David Peña y sus 2.000 negros patianos, palmireños y caleños, “hito decisivo en la agudización de esta guerra, que por momentos tuvo altos ingredientes de guerra étnica y sacrificial” (pág. 132). ¿Habría que llamar “violencia sacrificial” las acciones desplegadas recientemente por la guerrilla de los paramilitares exterminando mediante el uso de motosierras? Ayer como hoy fue de uso común el robo, el saqueo, el secuestro, que el autor llama “retención” (pág. 131), la mutilación y el asesinato, las miserias de la guerra repitiendo los mismos argumentos en cada ocasión y la divisa hoy en boga: *Si quieres la paz, prepárate para la guerra*, según rezaba el encabezado de los ejemplares del periódico de la juventud católica antioqueña *El Deber* (pág. 42). Ayer, como hoy: Primero los cañones, después la mantequilla.

No comprendemos cuál puede ser la utilidad de las descripciones de que está repleto el último capítulo, dando cuenta del número de muertos y heridos de cada bando en cada confrontación: “El coronel Francisco Acevedo salió de Subachoque a enfrentar una guerrilla conservadora en el Llano de Casablanca; ésta huyó después de una hora de combates en los que murieron 4 conservadores y 1 liberal, fueron heridos 3 conservadores y 2 liberales, y quedaron 9 prisioneros” (pág. 141). Las guerras se ganan o se pierden por cuestiones estratégicas, y éstas tienden a pasar desapercibidas en el texto, en medio de tantas minucias descriptivas; es así como resulta incomprensible por qué ganan los liberales esta guerra civil pero sólo para dar la victoria a los conservadores. Nos parecen de interés notas como las “Explicaciones” que trae el texto del periódico del gobierno liberal *El Estado de Guerra*, de autor anónimo, en marzo de 1877, donde se hace la siguiente distinción, referente al carácter de las guerrillas: “Desde que la facción o parcialidad domina un territorio algo extenso, establece en él un gobierno, administra justicia y, en una palabra, ejerce actos de soberanía, es una persona en el Derecho de Gentes. Como las guerrillas carecen de estas condiciones mayormente, desde que su núcleo más numeroso fue destruido en el Estado de Santander, no deberían ser tratadas como beligerantes sino como bandidos” (pág. 160). La deriva de las guerrillas en bandidaje era ya un hecho que observa Hölderlin en su *Hiperion*, a propósito de las luchas guerrilleras contra los invasores turcos en Grecia. Y de otro lado, con relación a la juiciosa administración de las leyes, por parte del Estado y de los pretendientes de Estado, es preciso oler la sangre seca en los códigos y tener presente que la ley no es pacificación, porque detrás de la ley la guerra continúa prendida dentro de los diversos mecanismos de poder.

RODRIGO PÉREZ GIL